

LAS MUSAS CELESTIALES

Caían granizadas de hojas secas del fuerte verano que azotaba duramente con sus coletazos de brisa tumbatechos, expandiéndolos por todo el vasto territorio del reseco como culebrero riachuelo, que parecía dormirse en su propia soledad. ¡Caramba pá joder y aún moribundo el muy retino no dejaba su vanidad y orgullo de épocas no muy lejanas cuando llovía a cántaro y él se desternillaba de la risa al ver como su cause se desbordaba, arreciando sin clemencia contra el manojo de casuchas pobretonas plantadas en los patios contiguos.

El muy impersonal, parecía, gozar observando los sufrimientos de los humildes labradores quienes impotentes maldecían y renegaban de su suerte al ver como todas sus cosechas eran arrastradas por las turbias corrientes, y con ellas moría la esperanza de un mejor mañana.

De nada le iba a servir aquella risa burlesca, porque tendía que aferrarse a sus triste realidad. A revienta – tripas, tenía que soportar los latigazos del señor Verano, quien parecía castigarle su insolencia desplazando de un machetazo las lluvias y descargando en su endeble espinazo, una brisa caldeada que hacía

reventar en su sudor a las recuas de burros jorochos que se paseaban por su cauce, cargando sobre sus lomos a esos seres de rula en el pretil y guantes de callo.

En silencio soportaba a esos cuadrúpedos indecentes que dejaban a su paso un aroma a orín y un ramillete de cagajones. Y para colmo de males, sus jinetes parecían desquitarse su desdicha al repletarle el buche con montañas de basura y desechos humanos, hasta bastos salivazos con sabor a tabaco mascáo... qué suerte perro... Con la llegada de los depredadores toda su riqueza natural fue desapareciendo, perdiendo su esbeltez, ahora solo vivía de ilusiones soñando con esos tiempos de antaño, cuando por su espléndido cause de aguas cristalinas rodeadas de hermosos pastizales, se veían pasear toda clase de aves de paso. Era la época de su arrogancia, cuando se paseaba señorial por esos recónditos paisajes inexplorables, con abundante fauna silvestre. Pero vino la mano del hombre y clavó su espadazo mortal hiriéndole de muerte...

Desde la clandestinidad de mi mágico refugio, escribía las majaderías imaginarias de mi protagonista, inventándole exclamaciones ridículas como pendejas cuando escuche aquel rugir intolerable, que brotaba de mi ser. Era mi estómago sufriendo los estragos del hambre. Con su tracuteo exagerado me hacía perder la paciencia al no estar acostumbrado a la insolencia de aquel mequetrefe, aferrando a su glotonería incontrolable que le ocasionaban sacudiones, cual toro miura, cuando sale a la corrida. ¡Qué vaina tan tesa

compañero! Había del suelo a punto de palanca. Créamelo allá en las tierritas de mis abuelo, las gallinas morían de obesidad o de agotamiento de tanto lanzar picotazos a las montañas de maíz, esparcidas por todo el patio. La carne salá parecía sábana, guindando por toda la cerca, los pájaros, se aburrían de dañar las frutas de los árboles desparramados de los el peso, pero no había tanta boca para acabar con los arrume de cosechas. Como sería, que en épocas del mango teníamos que hacer caminitos con los pies, para poder caminar entre las montañas amarillentas, las cotorras parlanchinas callaban al tener sus picos repletos y sus estómagos sin mas cavidad y ¿Qué decir del ordeño? ¡Mierda! Eso si que era un problemón Llegado la época de la peste devastadora de esos tiempos miserables en el fondo de la desgracia el hambre es la musa sagrada y confidente de muchos escritos reales como imaginarios.

Esta terrible epidemia de pobres, tan contundente como una planadora fantasmal, vino a quedarse en mi humilde vivienda a pesar de hacer hasta lo imposible por desterrarla y librarme de su calvario. Y aunque ella tenga la semejanza a una encantadora amazona, dulce y celestial, de canto mágico y melodioso que hace brotar del alma granizadas de musas celestiales. Tendría que ser un tipejo huevón y masoquista para convivir con una plaga exterminadora de hombres por el resto de mis días.

Es que el mundo moderno es un mierda. ¡Decía en las tertulias mañaneras el compae Mañe.!

“Vean hombrecillos del carajo, en mi niñez comer bien era un vicio al que pocos teníamos escapatorias. Ahora es un lujo que muchos no pueden complacer por culpa de las benditas platas”.

Al recordar aquellos tipos, se me parte el alma de la nostalgia, y mis pupilas derraman cascadas de lagrimas con sabor a salinas, cuando viene a mi la imagen de la niñez, donde me jartaba hasta quedar apretao, como una vaca de engorde, y la sobras eran para los puercos del corral que lo regordetes que estaban, teníamos que levantarlos del suelo a punta de palanca. Créamelo allá en la tierrita de mis abuelos, las gallinas morían de obesidad o de agotamiento de tanto lazar picotazos a las montañas de maíz, esparcidas por todo el patio. La carne salá parecía sábanas guindado por toda la cerca, los pájaros, se aburrían de dañar frutas de los árboles desparramados por el peso, y no había tanta boca para acabar con los arrumes de cosecha. Cómo sería, que en épocas del mango teníamos que hacer caminitos con los pies para poder caminar entre las montañas amarillentas, la cotorras parlanchinas callaban al tener sus picos repletos y sus estómagos sin más cavidad y ¿Qué decir del ordeño? ¡Mierda! Eso si que era un problemón del carajo, era tanta la leche de ordeño, que tuvimos que poner un aviso que decía claramente “Hijuemadre quien pase por este lugar y no se lleve un cántaro de leche, completamente gratis” ¡No joda! Y con todo ese sipote de gangaso aún teníamos que rogarle al transeúnte para que lo recogiera... Ustedes jovenzuelos inexpertos, pensaran que son puras majaderías

imaginarias de este anciano morisquetero, pero que lo diga el sabiendo del compae Plutarco, que vivió esa época dorada, cuando las moscas morían de digestión y los perros de aburrimiento al no tener otra cosas que, comer y comer, hasta reventar de llenura". "Me honra con sus palabrotas de sabiduría y aprecio compae Mañe... Lo cierto es, que en aquella época todo era purita abundancia, en cambio en estos tiempos modernizaos, la vaina está jodía y complicá.

A duras penas se clava uno, temprana la mañana un totumón repleto de café de tinto, y un pedazo de bollo limpio, que de limpio no tiene ná; porque en casa del fabricante braman tanto las moscas, que al hablar de le meten por puñado a uno en la boca; y con todo esto pasamos todo el bendito día sin probá bocáo. Nos acostamos con el tripaje estiráo y arrojando una granizada de bostezos, amanecemos con los ojos vidriosos y hondos, como burro con cagalera. De pronto si la suerte nos acompaña al recorrer las callejuelas del poblado, nos topamos con mugroso y devaluado billetico, que alguien por descuido dejó caer en el suelo y con ello a completamos el menú, un chivito "mapalé", que no habiendo pá más, resulta un aperitivo excelente.

Escuchen con atención mequetrefes ignorantes: No soy tan letríao como ustedes que son adocoraós, para conferenciar con grandes personajes, pero tengo la experiencia de la vida, que me ha enseñáo tantas cosas. Vean, antes los hombres morían de la vejez, porque comían bien y teníamos buena salud; en

cambio hoy, miren esas juventudes en las esquinas, parecen esqueletos ambulantes, desnutridos y cadavéricos por culpa del hambre, el vicio y sobre todo los alimentos apurináos. Señores, estamos en una época donde los pobres pasamos a miserables, porque para probar la carne, tenemos que mordernos la lengua”.

FIN